

minúsculas

Lina María Pérez (Bogotá, 2009)

Fotografías: Elkin Restrepo. *Escritores colombianos.*

Recuerdos de la dieta

Andrés García Londoño

Cada programa de dietas, cada producto adelgazante “mágico” que nos ofrecen los medios parte de una realidad concreta: nuestro cuerpo pide cosas que no nos convienen y quiere más que lo que necesita. Pero si se piensa, lo interesante es que esto no es simplemente porque nos guste comer, sino porque existe una afinidad con ciertos alimentos que fue programada durante cientos de miles de años de evolución. Y dado que vivimos en ciudades hace tan poco —menos de diez milenios—, nuestro cuerpo no ha tenido tiempo de adaptarse a la nueva realidad: la de que los se-

res humanos somos seres sedentarios que vivimos —y con mucha frecuencia morimos— dentro de espacios cerrados, a menudo sin necesitar más esfuerzo físico en nuestra vida cotidiana que el preciso para tocar el botón de un elevador o encender un carro.

Todos los animales hemos sido programados por la evolución para que nos guste lo que comemos, de acuerdo con lo que las experiencias de la especie han exigido para tener la mayor esperanza de sobrevivir. Un ejemplo de esto es el de los gatos y el azúcar. A los felinos la evolución los privó de papilas que les permitieran captar los sabores dulces. ¿Por qué? Porque no les convenía engordar: debían ser cazadores por esencia, y los cazadores deben ser atléticos. Si hoy tantos gatos que son mascotas se hinchan como pelotas, es simplemente porque no pueden

hacer aquello para lo que fueron “programados”: cazar durante todo el día. Así que cada vez que un gato nos llena de arañazos la mano al intentar acariciarlo, no está más que ejerciendo su vocación natural. “Tú serás muy lindo conmigo”, nos dice con sus garras el gato, “pero no olvides que primero y ante todo yo soy un cazador solitario. Y aunque me encierres aquí y me pongas este moño rosa, yo no lo he olvidado. Ni lo olvidaré”.

Nuestro caso es el opuesto. Durante el 90% de nuestra andadura evolutiva fuimos recolectores nómadas y luego cazadores de pequeños animales; sólo mucho después adquirimos las destrezas y organización necesarias para emprender la caza mayor y posteriormente la agricultura. “Escuálidos” es un adjetivo que cuadra bien para describir lo que fuimos. Sí, una manada de

escuálidos, de animales más bien torpes y flacos, desesperados por alimento. Hoy sólo podemos hacernos una idea de las dificultades de nuestros ancestros si nos perdemos en la selva, ambiente engañoso en su apariencia de abundancia de recursos naturales: lo cierto es que poco de todo ese verde es comestible para un ser humano. E incluso los expertos en supervivencia, entrenados para aprovechar el más pequeño gusano o brote de raíz, saben que en una situación de emergencia en la selva la encrucijada más grave es decidir si te desplazas para intentar salir de ella, o dedicas ese tiempo a tratar de reunir las 2.500 calorías diarias que un hombre adulto necesita para mantenerse sin usar sus reservas. Y es que no puedes hacer las dos cosas, no puedes tratar de escapar de la espesura y esperar hallar de camino toda esa comida, el equivalente energético a diez chocolatinas: o avanzas y gastas tus reservas, o forrajeas para tratar de reunir tus requerimientos diarios. Lo uno o lo otro: no ambos.

Por tanto, no es raro que nuestro cuerpo fuera “programado” para guardar la mayor cantidad de reservas de cada comida; esto es, para engordar. Cada vez que encontramos comida, nuestro cuerpo trata de hacer aquello para lo que fue entrena-

do: secreta insulina y acumula reservas, como medida de precaución en caso de que —como pasó durante el 99% del tiempo de vida de nuestra especie sobre la Tierra— no encontremos suficiente comida el día siguiente, o la semana siguiente, y tengamos que vivir de nuestras reservas. También por eso, estamos programados para que nos gusten tres cosas: el dulce, la grasa y la sal. Todas, cosas que si fuéramos aún recolectores sólo podríamos hallar en forma esporádica en un mundo salvaje, bien fuera por la suerte de un pequeño frutal en temporada, o los tesoros de la grasa de un pequeño animal o de un depósito de sal, necesario para reponer los minerales que perdemos en el sudor.

No obstante, lejos están esos tiempos. Lejos ya incluso esas épocas más cercanas en que los reyes prohibían cazar dentro de sus predios, por lo que muchos de sus súbditos no probaban la carne en su vida; así como lejana está la era en que los mercaderes de sal atravesaban media África para luego vender su producto a precio de oro y los españoles construían castillos en el Nuevo Mundo para proteger las salinas, como las de Araya en Venezuela. Hoy encontramos en un supermercado todo lo que necesitamos, por lo que para comer basta con ganarse un sueldo. Y

escogemos qué sembramos sobre casi toda la tierra cultivable del globo, privilegiando algunas especies en detrimento de otras, y escogiendo no de acuerdo con lo que realmente necesitamos para nuestra vida contemporánea de ascensoristas, sino a partir del gusto primordial de nuestros hambrientos antepasados. Por eso, el maíz, la soya, el olivo, el girasol, la papa, la caña de azúcar, las frutas dulces y la remolacha azucarera componen una fracción mayoritaria de todo lo que cultivamos.

Hemos cambiado... Pero sólo para recordar con nuestro cuerpo lo que nuestra mente olvidó. Y la dieta es sólo un ejemplo entre mil tentaciones que nos llaman desde nuestro pasado y nos dificultan la vida, desde el impulso territorial que nos lleva a cercar cada pedazo de tierra, al punto de declarar guerras y establecer demandas, hasta la dificultad para mantenernos fieles en sociedades monógamas. De hecho, lo difícil es encontrar un balance entre nuestros recuerdos genéticos y nuestros deseos conscientes, pues nuestro cerebro —la gran arma evolutiva humana, capaz de soñar, planificar y construir— tiene la tendencia a caer en los excesos contrarios: esto es, a vivir demasiado en el futuro y olvidarse de la realidad del presente, como bien nos en-

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniانو Jaime Contreras
Secretario general
Luquegi Gil Neira

Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Andrés García Londoño

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso Sepúlveda,
Nora Eugenia Restrepo.

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.



REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

ISSN:0120-2367

señan tantas masacres y atropellos cometidos en nombre de “un futuro mejor”, o, si se quiere dar un ejemplo tan cotidiano de los excesos del cerebro como la dieta lo es de los del cuerpo, el hecho de que como sociedad consideremos lógico trabajar sin disfrute toda nuestra vida para alcanzar una jubilación que cada vez se hace más lejana. Pero como los monstruos de la razón merecerían sin duda un ensayo muy largo, es mejor dejar hasta aquí y terminar con una simple observación: a ningún otro ser sobre la Tierra le cuesta tanto congraciarse con su esencia animal como al ser humano. E incluso sin saberlo, cada día padecemos las consecuencias de ello, hasta por mirarnos en el espejo.

agarlon@hotmail.com



Insomnio

Claudia Ivonne Giraldo

La tortura de no poder dormir o de dormir mal sin que para ello medien otros se vuelve mayor, pues la culpa es solo nuestra: ese trasegar por una noche empedrada y difícil que nos arroja a un día atolondrado, con cara de perro rabioso, se parece tanto a una decisión propia, que es inútil echarle la culpa a quien reposa a nuestro lado, generalmente con sueño de bendito. Entonces, como si fuéramos lo único vivo sobre la Tierra a las tres de la mañana, que sabiamente llamaron las abuelas hora de las ánimas, nos paseamos de aquí para allá por los espacios de la casa o de la cabeza, en un intento desesperado por hallar la paz y poder

emprender el viaje a la nada de los sueños.

Como nunca hemos aprendido el difícil arte de la meditación que exige concentrarse en un solo pensamiento, el bamboleo del monólogo interior —esa máquina infernal— se dispara enardecido: y de allá para acá, de abajo hacia arriba en el tiempo, en el día de ayer o en el de mañana, los pensamientos son locos que se lanzan de la cuerda floja al abismo sin red de la culpa, de las preocupaciones, de la ansiedad. Nada puede hacerse a esas alturas de la noche o de la madrugada. Un solitario conductor pasa veloz, tal vez impulsado por otro loco que lleva adentro, para llegar quién sabe a dónde. Un borracho grita a la luna o a la madre que lo parió y un búho solitario gira un ojo y da la hora inexacta de los pájaros. Y aún no amanece.

Varados en ese tiempo muerto, un libro cumple a veces la función de los salmos. De los mantras. Del viento propicio. Otras veces, un pequeño radio transistor que deslizamos bajo la almohada puede obrar como detonador del sueño. Sin embargo, la radio no tiene las ventajas de la literatura; casi nadie tiene el privilegio de poder oír hoy un viejo programa de hace cincuenta años, casi nadie puede tomar de una jugosa audioteca lo que guste, el concierto o la entrevista que alguna vez tuvo el privilegio de escuchar. Releer es como volver a vivir un instante con viejos amantes.

La radio diurna de hoy es una peste repleta de mal gusto; pero la de la noche es un amasijo de vulgaridad y falta de imaginación que hace que el insomnio se convierta en rabia. Del rosario y la voz melosa que recomienda la paciencia, pasa el dial por una voz diabólica que pretende sacarnos los demonios a los demás a punta

de una jerigonza que dice son “lenguas”, con la que se comunica con lo innombrable. En otra frecuencia, un programa soso y lento, que tiene un magnífico nombre “Hablar por hablar”, trata de sacarle el mayor provecho a una insulsa historia. Se trata de una conversación larga y tediosa entre la conductora del programa y un fulano o fulana que se desvela, tal parece, tanto o más que nosotros, pues está de excelente ánimo para contarle sus intimidades al mundo. Espantados, salimos de allí para la casa de una emisora en donde ponen musiquita vieja, de esa que uno escuchaba en la cocina de las casas de las tías. Y se enreda en esos tiempos, en la infancia, hacia donde discurre entonces la loca de la cuerda floja. Mas son tantos los recuerdos y tantos ahora los muertos que es mejor pasar a otra cosa. Pero ya es tarde, están dando el noticiero de las seis de la mañana, pronto habrá que levantarse para emprender el trabajo.

Es peligroso no dormir o hacerlo mal, eso dicen. No en vano, la cara que nos mira en el espejo en la mañana es otra, diferente, alguien que nos habita y que nos reclama por descanso. Es probable que necesitamos menos sueño que quienes duermen bien y que lo que nos agote sea el vano intento por dormir. Las drogas para el sueño embrutecen y si la familia duerme, difícil es andar por ahí de espanto, asustando a todo el mundo. No hay remedio. Pedir buena radio, una radio-novela de las de antes, una serie al estilo de *La ley contra el hampa*, cualquier cosa en donde hubiera más imaginación y menos chapucería, sería un remedio para insomnes que nunca nos cansaríamos de agradecer.

claudiaivonne09@gmail.com



Asuntos del inframundo

Ignacio Piedrahíta

Por descuartizar a su hijo y presentarlo asado en un banquete sin anotaciones al menú, Tántalo fue condenado por los dioses a un eterno castigo: sumergido hasta la cintura en una piscina, no podía beber de ella, ni podía alimentarse del árbol que le daba sombra. Se agachaba a beber y el agua se secaba; levantaba una mano para sacudir una rama y las frutas desaparecían. Tántalo vivió el resto de su vida en una posición difícil en la que nada para él podía cambiar.

Esta idea de una vida inalterable fue la que le sugirió al sueco Ekeberg, dos siglos atrás, que a su recién descubierto elemento químico, por su naturaleza impertérrita ante óxidos y otros agentes corrosivos, le vendría bien el nombre de tantalio. En consecuencia, a la roca que alberga este elemento se le llamó tantalita, que en la naturaleza se encuentra siempre en íntima relación con otra roca rica en niobio, la columbita.

Se diría que estas son apenas curiosidades científicas, y de hecho lo fueron, hasta hace algunas décadas, cuando se descubrió que el tantalio tenía un vocación impresionante para fabricar ciertos componentes electrónicos que están presentes en los aparatos más modernos de la vida de hoy: celulares, reproductores de MP3, computadores portátiles, consolas de video, etc. De ahí que la columbita-tantalita, una roca gris oscura y sin formas atractivas, se haya convertido en un material esencial para el ser humano, o como se diría en política, estratégico. Y, al ser de dominio público, se ha optado

en llamarlo simplemente coltán, una palabra sin sabor para una piedra que ha desatado una fiebre comparable a la del oro y financiado una guerra en África más cruenta que la de los diamantes.

Aunque Brasil, Tailandia y Australia, entre otros, tienen yacimientos de coltán, es la República Democrática del Congo la que posee el mayor número de reservas. Este país enorme, ecuatorial y selvático, enclavado en toda la mitad del continente africano, que fuera propiedad privada del rey Leopoldo II de Bélgica hasta 1908 y luego dominio de la misma Bélgica hasta 1960, tiene uno de los subsuelos más ricos y codiciados del mundo. Aunque las riquezas del Congo no son cosa nueva, pues ancestralmente los bantúes han tenido redes de comercio con productos hechos en hierro y cobre, e incluso durante la Segunda Guerra Mundial el Congo fue el principal proveedor de uranio para los Estados Unidos en su proyecto de bomba atómica, como un destino cruel y digno del castigo de Tántalo se le ha venido encima la fiebre del coltán.

El lugar de extracción de esta piedra en el Congo está en plena zona de refugiados provenientes de Ruanda y Burundi, escenario de una pelea tribal entre hutus y tutsis de las más cruentas. Tanto los desplazados por el genocidio ruandés de 1994, como los exiliados y expulsados anteriores del mismo conflicto, fueron a dar a dicha región oriental del Congo. Esto creó un clima de inestabilidad que en 1996 fue aprovechado por los rebeldes congolese liderados por Kabila —padre— para derrocar al dictador Mobutu, y tomarse el poder al año siguiente con apoyo de los mismos Ruanda y Burundi. Sin embargo, Kabila pronto rompió relaciones con sus aliados, y éstos, al verse expulsa-

dos del rico territorio, optaron directamente por invadirlo ayudados de Estados Unidos.

De modo pues que lo que comenzó como un conflicto étnico mostró su trasfondo económico, y las rivalidades entre hutus y tutsis justificaron la ocupación y consiguiente guerra entre naciones, conocida como Segunda Guerra del Congo, o Guerra del Coltán, que ha dejado, se cree, 5 millones de muertos. Durante cinco años de enfrentamientos, los extranjeros sacaron todo el coltán que pudieron del territorio ocupado.



Jaime Jaramillo Escobar (Medellín, 2010)

Aunque la confrontación finalizó formalmente en el 2003, por estos días el ejército congoleño logra a duras penas controlar el territorio. Abundan allí grupos guerrilleros que se lucran de la extracción de coltán, que sacan ilegalmente por Ruanda, especialmente hacia China, donde se fabrica la mitad de los celulares que se ofrecen en el comercio mundial.

Además, es sabido que la situación laboral en las minas



Jaime Manrique Ardila (Nueva York, 2007)

a cielo abierto de esta piedra no sólo se da en condiciones de semiesclavitud, sino que los elementos radiactivos asociados al tantalio y al niobio afectan la salud de los trabajadores gravemente. De ahí que grupos ambientalistas y diferentes organismos internacionales intenten poner una censura ética al coltán proveniente del Congo, y poco a poco se intente certificar la procedencia del mineral para no favorecer la explotación ilegal.

Mientras tanto, será inoficioso dejar de comprar estos aparatos que hacen la vida más eficiente y divertida, así sepamos de dónde provienen sus componentes. Pareciera que cuando el hombre abre las entrañas de la tierra y se acerca al mineral en bruto, sus más primitivas maneras afloran y prevalecen; mientras que al alejarse de las fuentes y refinar estos elementos, el hombre muestra que puede hacer con ellos verdaderas maravillas. En todo caso conviene saber, tal vez para apreciarlos más, que detrás de los juguetes más avanzados y sorprendentes de hoy, están presentes, como en toda actividad humana, la sangre y el sufrimiento.

agromena@gmail.com



Iniciación

Paloma Pérez Sastre

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños liliputienses; Gulliver gigante que flotáis en las brumas de los sueños, aquí tended las alas, que yo con alegría llamaré para haceros compañía al ratoncito Pérez y a Urdimalas!
José Asunción Silva, “Infancia”

Llegó a Colombia con mi mamá en el *supercons-tellation* de Avianca. 1955, el mismo año de su tercera edición: *Antología de cuentos de la literatura universal*.¹ Pasta dura de tela verde, 1043 páginas; selección de casi 400 cuentos por Gonzalo Menéndez Pidal y Elisa Bermis: “[...] hecha con el propósito de cubrir la mayor amplitud posible en el tiempo y en la geografía, desde el Egipto faraónico hasta los autores contemporáneos, desde China y Japón hasta América del sur”. Suficiente equipaje. Ha ido conmigo de aquí para allá, de un barrio a otro, de casa en casa. Es el coral fundador de mi arrecife.

Mi primer amor fue Óscar Wilde, representado en la *Antología* con “El gigante egoísta” y “El príncipe feliz”, dos cuentos que mi mamá se sabía de memoria de tanto complacerme en mis frecuentes ausencias del colegio por amigdalitis. En tales circunstancias, mientras ella cambiaba las sábanas, el libro permanecía en un rincón de la cama, debajo del cuadro del ángel de alas blancas, escolta sutil de una pareja de niños que se apresta a cruzar un río. Así quedaron asociados, ángel y *Antología*, a la deliciosa sensación de frescura de la cobija limpia y aromática que ondeaba en el aire y caía len-

tamente sobre mi cuerpo febril. El gigante me enseñó que no es metafórica la conexión entre los afectos humanos y los de plantas y animales, cuando, cual rama nueva, la gentileza brota de sus brazos para alzar al niño que obra el milagro de la florescencia del árbol, hasta entonces dominado por vientos feroces.

El autor irlandés fue el primero y en la adolescencia leí todo lo suyo, pero mi cuento mítico es “La hormiguita” de Fernán Caballero.² Al evocarla, vuelven a resonar en la voz de mi madre la exquisitez, la musicalidad y la coquetería del lenguaje de un relato que empieza así:

Había vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí: “¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina”. Pensólo más y se fue a una tienda donde compró un poco de arrebol. Se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorette y se sentó en la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella.

“La hormiguita” de Fernán Caballero y la “Ratita presumida” de Charles Perrault son dos versiones de un mismo relato de la tradición popular. Rata y hormiga encuentran una moneda, compran un objeto para acicalarse, barren su casa y se sientan en el quicio. Pasan sucesivos pretendientes: perro, gato y ratón, a los que les preguntan: “¿Y cómo harás por la noche?”. Luego de ladrar y maullar, los dos primeros reciben un: “Uy, no, no que me asustarás”, y el ratón resulta elegido por silencioso. En “La hormiguita”, la serie de pretendientes se amplía:

toro, perro, gato, cochino, gallo y ratompérez.

Hasta el matrimonio, los dos relatos son casi idénticos, pero mientras “La Ratita presumida” concluye con el “se casaron y vivieron muy felices” propio de los cuentos de hadas que, como dice Bruno Bettelheim: “prometen una existencia feliz, pero vulgar”, la versión de Fernán Caballero llega a la cima con un “vivían como tortolitas y tan felices, que no se ha visto desde que el mundo es mundo”, para descender en lluvia cantarina hacia un final trágico, apegado a la tradición de los relatos míticos:

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratompérez advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratompérez, hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer [...]

A la vista del ratompérez girando en el caldo, la hormiguita “se echa a llorar amargamente”, y entonces vienen a ella una segunda serie de personajes que se mutilan o se despojan de algo, en gesto de solidario duelo, al que con mucha gracia, se une la narradora:

Vino la Infanta a llenar la cántara.
— ¿Por qué, fuente clara, póneste a llorar?
Porque el ratompérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola; y que el palomar fué a derribar; y yo, fuente clara, me pongo a llorar.
— Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.
Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratompérez se cayó en la olla, iy que la hormiguita lo siente y lo llora!

Y así termina.

Consuela saber que no es siempre el personaje femenino el que, como Eva, comete la imprudencia que estropea el equilibrio y da lugar a la crisis del relato. Con un tinte de graciosa ironía, la narradora define al ratompérez como un “bichito gris muy inofensivo, tímido, que no hace ruido y sólo sabe huir”. No se trata del mismo Ratón Pérez que les compensa a los niños con un regalo la pérdida de sus dientes de leche; éste aparece después, a finales del siglo XIX cuando el cura jesuita Luis Coloma, miembro de la Real Academia Española, recibió el encargo de escribir un cuento para Alfonso XIII, de 8 años, a quien se le acababa de caer un diente.

No había caído en la cuenta hasta ahora de las honduras del carácter nupcial del relato. Pues sí, más allá de la coquetería, este cuento, como el arrebol que enrojece las mejillas de la hormiguita, encierra un fuerte colorante erótico. La indagación por el comportamiento nocturno del pretendiente alude directamente a las actividades del lecho. Es más, encuentro que en el *Diccionario de símbolos* el ratón se asocia con el clítoris, la parte macho del sexo femenino; y a la hormiga, con la fertilidad, en la cosmogonía de los dogon y los bambara de Malí, para quienes el sexo de la tierra es un hormiguero. Las mujeres estériles se sientan sobre un hormiguero para demandar preñez a Amma, el dios supremo.

En “La ratita” de Perrault, la fábula es clara en su propósito de transmitir códigos culturales y enseñar comportamientos deseables: el uso debido del dinero en las mujeres, cuidar los dientes y la figura, ponerse al frente de su casa, atraer a un hombre, ofrecerle un lecho y procrear. La felicidad del final se debe a la obediencia de la mujer a su deber de casarse, porque lo

importante es ponerse a salvo de la abominada soltería; lo que pueda ocurrir después de la boda no interesa. La versión de Fernán Caballero, en cambio, lleva consigo un realismo aguafiestas, escéptico a un final negador del sufrimiento. Ella sabe que el cierre puede ser umbral y que tras ese umbral puede esconderse un abismo, ¿quién dijo que la función de la literatura no es hacernos más felices sino más sabios?

palomaperez@une.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.

Notas

1 *Antología de cuentos de la literatura universal* (3ª edición). Selección y notas por Gonzalo Menéndez Pidal y Elisa Bermis; estudio preliminar de Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Real Academia Española de la Lengua. Bilbao, España: Labor, 1955.

2 Seudónimo de la escritora Cecilia Böhl de Faber (1796-1877). “La hormiguita”: pág. 826 de la *Antología*.



El principio aguarda el fin

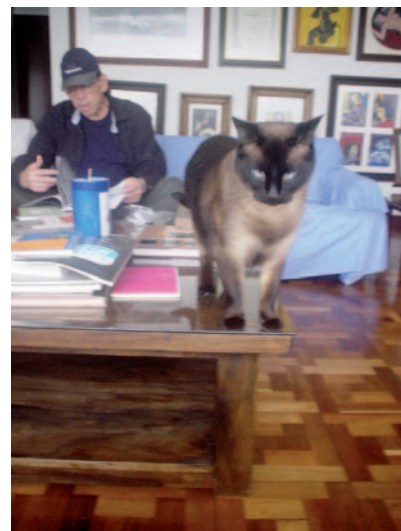
Eduardo Escobar

Uno de estos días turbios me acordé de una conversación con el poeta Amílcar Osorio, hoy ausente. Éramos dos jóvenes diletantes recién salidos de seminarios distintos y de la tutela de los padres, y en las angustias de la juventud desarraigada cavilábamos, por la carrera séptima en Bogotá, sobre un poema de Wallace Stevens que él traducía por cinco pesos para una revista. O inventó los cinco pesos y él hacía de traductor honorario. Yo dije, palabra más o menos, que el espíritu de la

modernidad reside en el énfasis de la articulación de las cosas en pro de una utilidad aunque sea irrisoria, y de la ganancia que comporta muchas veces un detrimento inesperado. El del error de cálculo, completó Amílcar-U., lo llamábamos los amigos. Como la vocal. Y agregó. Por eso hay poetas ejemplares por su cautela como Stevens. Que temen falsear las cosas con el ruido de las palabras, tan próximos a la modestia y el silencio como las servilletas donde escribían sus versos. Eran los auténticos poetas modernos, dijo. Los de la reacción a los excesos y las debilidades del romanticismo y al engolamiento clásico. La anti-güedad en cambio había contado, seguí mi razonamiento, con la argucia retórica, los adornos, los versos coruscantes y largos, de acuerdo con los lujos de la santidad o el honor que justificaban un tiempo precioso vivido para la gloria o la condena, la exaltación o la vergüenza. Con el corazón puesto en los porqués que cargan de sentido las causas, y en el sombrío origen más allá de lo simbólico y lo enmascarado por las presencias y los horarios. U. se detuvo para encender un cigarrillo. El fósforo alumbró las manos amarillentas del tabaquista. Y continuó la marcha y el discurso. Poco a poco dejamos atrás la ilusión de ser más que azar, Eduardo. Eso no significa que estemos a salvo. Degradados a simples funcionarios de una operación desconocida que realizamos ufanos como si fuera un magisterio racional y nos perteneciera por completo, el resultado es este desasosiego. Y vos y yo estamos así de jodidos porque no supimos atornillarnos al absurdo y la lógica que hoy se complementan, ni aprendimos a medrar. Heidegger era su filósofo. El famoso estado de ánimo y su Nada convertida en comanche

le eran oscuros y estimulantes. Y hacía juegos sutiles de palabras para no desfallecer en lo que llamó la ciega tarea. Dijo que éramos arrastrados por la inercia de los objetos. Que la rueda nos condenó a aventurar en la sima de los espacios interestelares. Y arrojó el cigarrillo que se des hizo delante de nosotros en un puñado de estrellas rebotando en el pavimento. No es preciso esforzarse para entender a los amigos a los veinte años. Y yo entendí por qué U. había dicho por la tarde: estos zapatos, en vez de ayudarme, me estorban. Eran de mi hermano. Y: tengo las medias blancas, rotas. Mayor que yo, en U. era más obvio que había recibido la influencia del mismo libro que yo, arracimado de promesas exorbitantes y de deberes espinosos, incubado en las soledades del desierto, en los fuegos de los beduinos ladrones que hospedaban a los ángeles, y que comenzaba a remitir su cuento al reino de las fantasías del folclor africano, para asumir su alma —tenía una— con humildad y perplejidad, como un proceso más o menos describable, y previsible, sin importancia aparente, y a creer a pie juntillas en la muerte de Dios como antes habíamos confiado en Él. Bajó la voz para que se notara la herida: la modernidad cambió el libre albedrío por otros delirios, por otra escolástica, por las determinaciones humillantes de la raza, el medio, la clase y la carga genética, sucesivamente. Sonaba confuso. E impreciso. Y debió darse cuenta, porque titubeó, y abrió la boca. Y yo veo ahora, que imprecisión y confusión, y la vacilación y la expresión atónita que puso, eran los síntomas visibles de lo que sucedía en la intimidad de un muchacho de veinte años. Y que mientras azotábamos la séptima con bufandas prestadas, ya encarnábamos la crisis, y nos

amparábamos del desorden en la camaradería de la literatura. En un país de Suramérica. Extramuros de la cristiandad. Consolados en una larga conversación de la cual aquella charla es un fragmento. Y que jamás acaba. Un día de campo en la hacienda de unos amigos, Amílcar desayunó, salió de la casa frente a la laguna, caminó a la laguna, se desnudó como un pez y se zambulló, ausentándose hasta hoy. Pero yo, para burlarme de la muerte como mejor puedo, prosigo la charla con el amigo separado, y repito diálogos viejos de cuando éramos jóvenes y todo parecía nuevo, y hasta invento a veces, como ahora, coloquios imaginarios sobre recuerdos de conversaciones auténticas. Y mientras convulsionan las ciudades del *Corán* y *Las mil y una noches*, U. me dice, según su carácter, que el remezón lo deja indiferente porque es la reedición de otro paroxismo de los tiempos de Solimán, pero que lo intriga la misteriosa simetría que guarda con las lluvias de cesio, plutonio y estroncio, que ahora caen sobre las acelgas japonesas. Y que todo debió comenzar el día del arribo de los primeros jesuitas al mando del navarro Francisco Javier y de los comerciantes



Harold Alvarado (Bogotá, 2005)

que lo siguieron. Y así, como si nada grave ni tajante como la separación hubiera pasado entre nosotros, como si nada pudiera arrebatar nos el gusto de caminar juntos, yo sigo a pie al lado del poeta Amílcar Osorio por una carrera séptima que ya no existe, y él contesta mis preguntas, y a veces se detiene ante la mole gris de un banco diagonal a una cervecería y vuelve a hablar como hablaba antes de cumplir la cita con la laguna, del banco como réplica de la catedral con sus atrios de mármoles alumbrados a profusión, sus alfombras que apagan los pasos, sus olimpos, sus obispos, sus altares, arcanos y los sarcófagos de sus ascensores. Y yo vuelvo a decirle, como quizá le dije otras veces, que esos templos del nuevo orden están sustentados por otro libro sagrado, complementario del nuestro, el de contabilidad. Y él advierte en la terraza del edificio el chirriante aviso de neón y habla de Picasso que deformó el mundo para rescatarnos de la iconografía banal de los publicistas, de eso que nombra este pardo, uniforme embotamiento, para devolverle el carácter de drama que lo ennoblecía antes de que se convirtiera en mero espectáculo y en hueca soberbia. Y las revueltas del Islam y el Japón del budismo zen y la Sony, hoy amenazado, corroboran las charlas de unos muchachos del siglo XX en una ciudad suramericana. Japón ensaya los terrores de las aspiraciones de los pueblos de Mahoma. Empeñados en experimentar la perversidad de los parlamentos, en participar en el culto de la técnica y los implantes de silicona, en bailar con las guitarras eléctricas drogadictas y norteamericanas, en hacerse modernos y en realizar su propio despojo de sus mitos, para completar el dominio planetario del espíritu de Europa. Y U. dice:

tal vez somos unos plantígrados excepcionales vinculados a un plan incógnito diseñado en la eternidad, seremos redimidos contra nosotros mismos. Pero lo más posible es que sólo representamos un acontecimiento biológico, ni feliz ni lamentable y ni siquiera singular, el papel de unos chistosos que le repiten al árbol mineral de las estrellas el mismo cuento que les cuentan los pulgones a las rosas.

eleonescobar@hotmail.com



El invierno del dibujante de historietas

Álvaro Vélez

En la España de finales de la década de los cincuenta, ser dibujante de historietas era un oficio. Los dibujantes eran tratados como obreros más que como artistas, trabajaban por jornada y sus pagos correspondían a la cantidad de páginas que hicieran en el transcurso del día. Esto sucedía, por ejemplo, en una de las editoriales más prestigiosas del momento en Barcelona: Bruguera. Allí, un grupo de dibujantes cumplía con los encargos de la editorial para llenar las páginas de revistas para diferentes tipos de lectores.

Pero a pesar de tener un empleo estable y una remuneración constante, muchos de los dibujantes de la Editorial Bruguera no se encontraban a gusto en la empresa, la razón es que se sentían explotados y con justa razón: no recibían lo suficiente por lo que hacían, su trabajo tenía muy poco margen de creatividad gracias a la censura franquista y,

como si fuera poco, los originales que dibujaban se volvían propiedad de Bruguera, perdiendo así los derechos de autor sobre su propia obra.

En esas circunstancias, y durante el invierno de 1957, un grupo de dibujantes de Bruguera, llamados los cinco grandes: Josep Escobar, autor de Zipi y Zape; Conti, padre de Caricoco; Cifré, creador del reportero Tribulete; Peñarroya, de Don Pío; y Eugenio Giner, que había inventado las historietas de “El inspector Dan de la patrulla volante” para la revista *Pulgarcito*, decidieron abandonar la editorial catalana y fundar su propia revista: *Tío Vivo*.

Se trataba entonces, y para ese momento, de un hecho sin precedentes en la historia del cómic español —o del *tebeo*, como le dicen a la historieta en el país ibérico—: una revista cuyos dueños serían los mismos dibujantes, lo que les permitiría hacer historias más pensadas, hechas con más gusto y quizás más sinceras; obras de autor y para un público más adulto, fuera de la estandarización de Bruguera y del ahogo del régimen de Franco.

Esta es la historia que nos cuenta Paco Roca (Valencia, España, 1969) en *El invierno del dibujante* (Astiberri, 2010), una obra en historieta que nos recuerda a *Los profesionales*, el celebrado cómic de Carlos Giménez.

Pero si la historia de Giménez, unos años después de la que cuenta Roca, y en la editorial de Josep Toutain, es mucho más cómica y los dibujantes que trabajan en esta otra editorial catalana son más desparpajados (quizás porque sucede a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, cuando el franquismo ya estaba a punto de colapsar), la de Roca es mucho más trágica. Los dibujantes de Bruguera, de finales de la década

de los cincuenta, se encuentran constreñidos, sofocados por las imposiciones de la misma editorial y por un régimen político en pleno vigor.

La aventura de los cinco dibujantes de Bruguera queda sólo en eso. Dos años después tuvieron que volver a su antiguo trabajo. La creación de una revista como *Tío Vivo* quedó en un sueño inconcluso, ya que la misma editorial Bruguera se encargó de poner los palos sobre la rueda al



Álvaro Miranda y Roberto Burgos (Bogotá, 2005)

intento emancipador de sus empleados: *Tío Vivo*, en su primera etapa, sólo alcanzó un número, y esa única edición nunca llegó a los quioscos de revistas, porque la gran Bruguera se empeñó en que eso no sucediera.

Paco Roca es un dibujante ya conocido en su país. Se inició en la década de los noventa en revistas como *El Vibora* y *Kiss Comix* y pasó luego a trabajar en encargos de cómics para Francia y Estados Unidos. Pero lo que le

dio realmente un reconocimiento nacional e internacional fue su novela gráfica *Arrugas* (Astiberri, 2008), en la que cuenta historias alrededor de un grupo de ancianos, en donde el Alzheimer y la demencia senil también son protagonistas. *Arrugas* le mereció a Roca el Premio Nacional de Cómic (2008), otorgado por el Ministerio de Cultura de España. Dentro de su producción también se destacan otros dos libros de historieta: *Las calles de arena* y *Emocional World Tour*. Pero, definitivamente, es con *El invierno del dibujante* que Paco Roca alcanza su más alto nivel.

El mismo Roca reconoce que la historia de los dibujantes de Bruguera, durante la época franquista, la tenía girando en la cabeza desde niño, desde que él mismo se apasionaba leyendo los *tebeos* de aquella época. Para lograr una obra tan atractiva como *El invierno del dibujante*, Roca ha tenido que documentarse muy bien acerca del hecho concreto de *Tío Vivo*, las incidencias de la editorial Bruguera y sobre la época misma en la que se desenvuelve la historia. Además, ha echado mano de todo su talento como dibujante, porque una de las cosas que más atrae de la novela gráfica es la atmósfera de la España de esa época; las calles de Barcelona son retratadas con una veracidad abrumadora, los peatones, las vitrinas de los almacenes, los avisos de publicidad, la forma de vestir de los transeúntes. Pero, sobre todo, la atmósfera de una ciudad que parece derrotada; hay una sensación de que se debe pisar leve por esas calles, de que hay que bajar la cabeza, de que no se puede ir en contra de las reglas. Todo lo contrario es lo que pretenden los dibujantes disidentes de Bruguera. Sin embargo, su intento por salir adelante con su proyecto da un traspie sin reme-

dio, y toda la ilusión y la esperanza de salir de esa situación de explotación, poca creatividad y ahogamiento, se estrella no sólo contra Bruguera sino contra la mitad de España, es decir, contra el mismo régimen franquista.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia.



La “alta cultura” vs la industria cultural

Luis Fernando Afanador

La industria cultural no sólo amenaza a las culturas singulares sino a la “alta cultura”. La música, la novela, la poesía, el teatro, la pintura y el cine de autor, tienen que abandonar su búsqueda autónoma de nuevos modos de expresión y su intención de redefinir al ser humano y al mundo, y someterse a los patrones dictatoriales del “entretenimiento”. El arte que no divierta y no produzca dinero está fuera de lugar. Mejor dicho, el arte tal y como lo habíamos entendido hasta ahora, está fuera de lugar. El criterio de lo más vendido o lo más visto —el *raiting*— poco a poco se ha ido convirtiendo en el criterio único e indiscutible para juzgar una obra. Desde luego, el trata de un despropósito, pero poco a poco lo hemos ido aceptando y en lugar de parecer una aberración —lo que en realidad es—, hace parte ahora del orden natural de las cosas. La crítica ya no es necesaria. Desde luego, si el interés es vender, son los medios con su poder de

difusión los aliados naturales de la industria cultural: pueden llegar a imponer un autor o una obra. Aunque es el público quien finalmente decide, el poder disuasivo de éstos es innegable. Hace poco, un joven aspirante a escritor, todavía con un proyecto borroso de obra, me preguntó cómo hacía para conseguirse un “agente literario”. Hace algún tiempo tal petición hubiera resultado risible. Hoy no. Hoy resulta completamente viable, porque el escritor en ciernes ha captado a la perfección el espíritu de estos tiempos: el contenido no importa. No por azar, el video más visto en YouTube (por 40 millones de personas, hasta ahora), tiene la siguiente letra: “Ayer fue jueves, jueves y hoy es viernes, viernes/ Mañana es sábado y el sábado viene después del viernes”.

Todavía existe gente que en las distintas disciplinas artísticas busca producir un arte original, y otra que está ávida de él. Como siempre ha sido a través de la historia, se trata de una minoría. La diferencia es que antes era respetada y celebrada, y ahora, para la industria cultural, resulta algo ridículo y despreciable, un mercado insignificante. Hace unos años, el arte *pop* convivía pacíficamente con el gran arte. Y hasta había un diálogo creativo entre ellos. Pero en la medida en que el negocio cultural ha crecido a niveles increíbles, se le ha declarado la guerra abierta a la alta cultura: si no es rentable tiene que desaparecer.

Hace algunos años, en una entrevista publicada en el diario *El Tiempo*, el escritor español Arturo Pérez-Reverte hablaba con desprecio de Roberto Bolaño, a quien calificaba de “escritor frustrado”. Y no contento con decir semejante estupidez, agregaba en tono pendenciero y desafiante, que Isabel Allende era igual de

importante a Marcel Proust. Aunque nunca sobra aclarar cuál es la diferencia y la jerarquía de cada uno, no voy a referirme a eso, no voy a decir por qué Bolaño o Proust son muchísimo más importantes que Pérez-Reverte o Isabel Allende. Lo que quiero resaltar es la actitud descompuesta del escritor español. Pérez-Reverte siempre se ha considerado a sí mismo como un autor de folletines que quiere divertir y tener muchos lectores. Y de verdad que lo es: su *Maestro de esgrima*, su *Club Dumas* o su saga del capitán Alatriste son justamente eso: buenas novelas de literatura popular. Pérez-Reverte lucía muy contento y muy orgulloso de ser el campeón de la liga B de la literatura. Es más: lo proclamaba a los cuatro vientos y a la menor oportunidad. Entonces, ¿a qué vino esa rabieta tardía y desfasada? Después de viejo, ¿quiso cambiar de liga y pertenecer a los que no venden tanto pero perduran más? Por el bien de todos, espero que no: los arrepentidos suelen ser patéticos. Pero tranquilos: no creo que ese sea su caso. En sus afirmaciones, Pérez-Reverte simplemente fue un vocero ejemplar de la actitud hostil de esta época hacia la literatura que todavía quiere ser exploración libre sin ningún tipo de complacencias. Hay un odio tácito contra eso. A los “entretenedores” profesionales ya no les basta con vender y ser famosos: se sienten incómodos y se ponen agresivos contra todo lo que pretenda ser distinto a ellos. Les falta el espíritu de tolerancia que tanto invocaban cuando pedían carta de ciudadanía.

Al parecer, en los próximos años esta dictadura —arrogante, despiadada— del entretenimiento y del éxito comercial como único criterio para el arte, se incrementará en forma dramática. Y el peligro —que ya empieza a ser un hecho real— es que, por

ejemplo, se deje de editar a un novelista muy bueno porque sólo vende quinientos ejemplares y no alcanza la rentabilidad esperada. Con esa misma lógica, el editor, presionado por el mercado, terminará decidiendo lo que debe escribirse. Por supuesto, hay que hacer algo y es posible “alterar el curso de los acontecimientos”. Personalmente, como espectador o como lector, no se me ocurre otra cosa que seguir estimulando a los creadores, diciéndoles que aunque somos minoría, somos una minoría receptiva y, hasta donde nos lo permitan, significativa. Casandra adivinaba el futuro pero no le creían. Quisiera, fervientemente, no ser ninguna Casandra.

lfafanador@etb.net.co



El río desemboca en el mar

Jorge Caraballo Cordovez

El río desemboca en el mar.

En alemán el verbo desembocar (*einmünden*) también está relacionado con la boca (Mund).

Desembocar. Qué palabra tan extraña. Se parece a desbocar. El caballo se desboca, el río desemboca. ¿Existe *embocar*?

¿Qué metáfora guardará esta palabra?

Desde niño deberían enseñarle a uno que si quiere ser libre tiene que aprender a hablar, a cuidar su lengua, a no dejarse desdibujar por palabras desconocidas. Saber qué expresan las palabras que decimos es un gesto de responsabilidad y autonomía.

Uno va por ahí traduciendo su mirada en palabras que en ocasiones no entiende (aunque ellas saben muy bien lo que dicen), sin darse cuenta de cómo lo determinan.

Nos dicen *desembocadura* e imaginamos el lugar donde termina un río, allí donde mezcla sus aguas con otras. Pero lo que visualizamos y comprendemos se queda corto ante esa palabra: ella sigue diciendo algo. Uno podría referirse a ese punto geográfico de otra manera e igualmente se haría comprender, pero cuando lo dice así, *desembocadura*, está indicando un rasgo del lugar que sólo se puede percibir pronunciando esa palabra. Ella, recíprocamente, indica la singularidad de quien la dice.

Quien habla de *desembocadura* marca su diferencia de quien habla de *terminación del río*, por ejemplo. Exagerando, podría afirmarse que hacen parte de dos mundos distintos: uno que por motivos desconocidos relaciona el río con la boca; y otro que no dice más que lo que deja ver.

Estoy convencido de que incluso quien no advierte la relación contenida en la palabra *desembocadura* es definido por ella. Sin embargo, el que diga una palabra y no sepa todo lo que ésta dice, hace poco más que nombrar un vacío en él. Es como si enseñara el cascarón de la nada.

Es normal que en las sociedades ocurra eso, que el lenguaje entre en crisis y las palabras se devalúen. Pero entre tantos ciegos de voz se tiene la esperanza de que alguno se pregunte por ellas y las examine, y después de saber de dónde vienen diga “maravillosas”, “acertadas”, “preciosas”, y que entonces las reanime y las comparta; o que por el contrario diga “éstas nos ponen en ridículo”, “ésta ha muerto”, “éstas nos mienten, releguemos-

las”, y las denuncie y se encargue de hacerlas a un lado y, acaso, proponga reemplazos.

Si no se realiza ese ejercicio con el idioma, forzosamente haremos parte de un mundo extraño, de un número desconocido de realidades —muchas veces inconexas—, y saltaremos sin darnos cuenta de una a otra. Y en esa fragmentación puede perderse mucho. La armonía requiere de esa reflexión frente al lenguaje; sin ella no podemos fluir, ubicarnos, sentirnos parte de algo completo. Ese algo, la realidad que el hombre inventa con el lenguaje (diferente a la naturaleza), acogería al hombre si el hombre la supiera decir.

Pero uno está aquí entre desembocaduras, (y en vez de este paréntesis debe haber ejemplos de otras metáforas que entren en conflicto con la que se cifra en *desembocadura* —que aún desconozco— y que dejen claro que lo que quiero decir es que en una lengua se van acumulando metáforas de tiempos muy distintos y llega un punto en que quien habla no sabe todo lo que está diciendo y en sus palabras se filtran las voces de mundos que nunca conoció y que distorsionan el suyo).

De todas maneras, así tuviera razón en las consecuencias negativas que provoca el desconocimiento de la lengua, es hermoso llevar en nuestras palabras los universos de los antepasados (a pesar de que esto nos haga más difícil sentir de una forma original el nuestro). Sería insostenible afirmar que debe haber una ruptura total con ellos; la mayor parte de las veces son esas palabras antiguas las que nos salvan, pero es indudable que no todas son vigentes, y que muchas veces —al no advertir esto— por ellas no renovamos nuestra relación con lo que es antes de ser nombrado.

Una cultura se identifica por sus metáforas y éstas, en gran medida, se reflejan en su lengua. El esplendor de una cultura se da cuando su idioma es fiel a sus metáforas y quienes lo hablan sienten que comprenden el mundo, es decir, que son capaces de recrearlo.

Para ver auténticamente hay que diseccionar todos los elementos del lenguaje, ponerlos en juicio. ¿A dónde conduce esto? ¿Al silencio? Se trata de una ética exigente, arriesgada, pero necesaria.

De pronto el silencio al que lleva no sea mudo y nos diga dónde estamos y quiénes somos.

carabollo321@hotmail.com



Los dueños

Luis Fernando Mejía

Los soñadores siempre se han inspirado en la realidad. Los que han entonado cánticos contra la propiedad privada de ciertas cosas deben haber conocido el mar, de todos y para todos, con algunas restricciones. Contrario a lo que ocurre con la tierra, donde cada centímetro cuadrado corresponde a un dueño, en el mar ningún humano se ha escriturado una simple gota de agua. En la tierra hay terratenientes, en el mar no hay “martenientes”.

La tierra no es de todos y para todos. A esto se ha llegado, y desde hace tiempo parece lo más natural. Casi ningún pedazo carece de propietario. Algunos son dueños de un metro cuadrado, otros lo son de miles de kilómetros cuadrados, a costa de la inmensa mayoría que es dueña

de nada. La gente se mide por las áreas de suelo a su nombre, y hasta se ha llegado a decir que la gente bien es la que más tierra posee. Sin embargo, nadie puede vivir en las nubes, la especie humana está atada a la tierra, no es un ave que la sobrevuela y que se posa en los árboles. Las casas en el aire son bellos vallenatos para cantarles a los primeros amores.

Si el mar no tiene propietarios particulares, ¿por qué la tierra, entonces, es de un Juancho Ortega o de una sociedad comercial “Todo mío S.A.”? Algunas comunidades arrinconadas, y en peligro de extinción, siguen predicando que la tierra es sagrada, entendiéndolo por ello, entre otras convicciones, que nadie tiene corona para apropiarse en su propio beneficio, poder o gloria, del suelo que provee la existencia de cada uno de los seres vivos; de ahí aquello de la madre tierra, sin que hasta hoy se conozca que ella haya desheredado a alguno de sus hijos en provecho desconocido de otros. Y para empeorar la situación, los NukaK Makú, última etnia nómada del continente que actúa como si no existiese la propiedad privada, están en proceso de extinción.

Si se cumplen algunos simpáticos vaticinios, el mundo está próximo a acabarse. No sería nada grave si de este final surgiera un nuevo planeta con nuevas reglas, sin notarias para escriturar bienes inmuebles y sin oficinas de catastro especialistas en cobros del impuesto predial. Un planeta como si estuviera cubierto completamente de mar, donde cualquiera pudiera tomar lo necesario para garantizar su subsistencia, no para atender las ambiciones de dominar a los demás. Se establecería un primer mandamiento: no desear quedarme con la tierra de todos.

Lógicamente, soñar de tal modo es más propio de los que

no son terratenientes ni casatenientes, los que disponen del mejor tiempo del mundo para pensar sobre el tema, al fin y al cabo no tienen sus mentes ocupadas en vigilar lo que nunca han arrebatado o heredado. Pero a los utópicos no es que los asista la sinrazón, es que en sí misma la inteligencia no basta para ordenar la vida, pues excepcionalmente puede imponerse a la fuerza bruta.

Los utópicos normalmente están desprovistos de poder. Seguirán mirando el mar para profundizar en sus conclusiones, esperando que tal vez el azar haga cruzar elementos ocultos e imprevisibles para girar la suerte de la tierra hacia la fortuna. ¡Qué tal que surgiera un suelo alérgico a los propietarios! Es



Eduardo Escobar (Medellín, 2010)

saludable imaginar un suelo que sepa olfatear a los que pretendan cercarlo para su individual goce. Un suelo que marche pacíficamente las ambiciones piratas de abarcarlo sin límites.

Los bípedos humanos, sin excepción, podrían navegar la tierra, sometidos sabiamente al dominio de la naturaleza, reduciendo la palabra “mío” a su mínima expresión, como vocablo

que puede indicar mala educación. Juancho Ortega diría: “Este hijo es mío”, pero no más. Lo demás es nuestro. Nuestro mar, nuestra tierra, nuestro cielo, nuestros enemigos que nos quieren quitar el mar, la tierra y el cielo.

Mientras llega el azar con su fortuna, los grandes grupos humanos seguirán buscando un huequito para guarecerse con sus familias, como si se estuviera achicando la tierra. Sin fantasías, ahora el suelo es un embudo: ancho para la minoría y estrecho para la inmensa mayoría, sin que pueda imputarse esta hechura a la ira de los dioses, pues hace rato se apaciguaron. No queda más remedio que imputarles cargos a ciertos ejemplares humanos, únicos demonios con infierno domiciliado en la tierra.

Otro pronóstico gracioso advierte sobre un nuevo diluvio universal, lo cual no sería tan trágico si durara lo suficiente como para borrar las líneas que dividen el suelo. Todo agua y siempre agua, por una larga temporada, permitiría el surgimiento de nuevas generaciones de seres humanos más dispuestos a tratar la tierra, cuando emergiera, como se administra la abundancia de agua marina.

Lo preocupante es que muy pocos creen en el fin del mundo o en el diluvio universal, es más, al momento de la publicación de este artículo evidentemente nada había ocurrido. Las personas seguían leyendo revistas para olvidar la realidad, que “está hecha un mar de lágrimas”. Ha pasado de moda soñar; predominan, sí, las pesadillas, una tras otra, sin que en ninguna aparezca la fecha de vencimiento.

lfmejia@udea.edu.co



De un día a otro el mundo es otro

Eliseo Gil

He vuelto a Sydney cuando pensaba que no iba a volver. Es verdad que Australia queda lejos, ¿pero qué sentido tiene hoy esta palabra cuando cualquier distancia puede obviarse en un par de días en una moderna aerolínea? No el mismo, al menos, de aquellas épocas pasadas, cuando una despedida era casi siempre un adiós definitivo, pues contaban no sólo la inmensidad del océano y el azaroso compendio de las tierras vírgenes, sino el tiempo gastado. Un viaje llevaba la vida entera. A Odiseo, viajero de viajeros, cruzar los mares homéricos le llevó veinte años. Eran tiempos distintos por supuesto: todavía el mundo no era redondo, plagado además de criaturas inimaginables fabricadas por el miedo a lo desconocido. Basta echar una mirada a los mapas y cartografías de entonces para darse cuenta de hasta dónde quedarse en casa era lo más aconsejable. Pero no el consejo mejor. Imaginar primero y conocer después ha sido siempre lo propio del quehacer humano, y sin el viaje, podría decirse que el hogar, la patria chica, son apenas un dato a medias.

En comparación, viajar ahora exige menos temeridad y audacia, hasta los niños lo hacen. Cualquier incomodidad —retardos, requisas, aduanas, maletas extraviadas, reservas canceladas— sólo es eso, una incomodidad, que por más irritante y molesta no alcanza a dañar el ánimo, la disposición a irse a las antípodas. Con un tiquete, incluso, que puede pagarse a plazos.

Hoy la lejanía está aquí y se puede mirar por la ventana.

Claro que esto es un decir. Queda, con todo, superar una quisquillosidad: el miedo al avión, un mal que, anotan algunos, un buen whisky, un ligero sedante, acaso una buena compañía, hacen llevadero. Hay que tener presente que en un vuelo de crucero (como el que finaliza en Sydney) la velocidad es de 950 kilómetros por hora, la altura de 38.000 pies, la distancia de 13.000 millas, y que por lo general el avión, para 300 pasajeros, va repleto. Aquí también juegan la fe (o la inconsciencia) en que pilotos y nave responderán con competencia a cualquier sobresalto o imprevisto, sobre todo cuando, entre cabeceos, el pasajero advierte en la pantalla que en la última etapa del trayecto, la más larga, el avión se dirige de Buenos Aires al extremo del Cono Sur y nombres que no hacen parte del vocabulario casero empiezan a señalar el camino: Cabo de Hornos, Punta Arenas, el Estrecho de Magallanes y, más tarde, con el corazón encogido al pensar que de suceder algo no quedaría rastro humano, advierte cómo el avión da vuelta por detrás del Polo (!), para luego, Pacífico de por medio, tomar rumbo a Oakland, Nueva Zelanda y, en el camino, gracias a los juegos absurdos con el tiempo, ganarse todos un día entero.

Me explico: si el avión salió de Buenos Aires al amanecer de un jueves, unas pocas horas después, ya es viernes a pleno sol, y lo corriente es que, pese al desayuno, almuerzo y comida —que los horarios descontrolados multiplican, como si alimentarse sirviera de poco—, los pasajeros empiecen a mostrar una palidez vampírica y uno a pensar, por más amigo que sea de no hacerlo a esas alturas, que de llegar un día a Sydney lo hará como un zombi.



Luis Fernando Afanador (Bogotá, 2005)

Un avión lleno de zombis podría ser un buen tema para una película de Hollywood, pero se le ocurre que idea tan estafalaria sólo es producto, claro está, del estado de delirio acrecentado por la dosis de licor y pepas que se ha tragado por sí las moscas.

Cuando al fin, por físico desgaste, el viajero cae rendido, y en la creencia de que un descanso bienhechor es una verdadera recompensa a tanta tensión, empieza a dormirse, la mano samaritana de la vecina de asiento, una australiana tipo cetáceo, que no ha modulado palabra ni se ha levantado al baño durante el largo trayecto de dieciséis horas, lo despierta porque el avión ya aterrizó. A uno le parece que no ha dormido un solo minuto, pero así es la vida. En el aeropuerto a la familia se le hace difícil reconocerlo. El estado de muerto-viviente produce incredulidad, primero, y luego, resignada aceptación. Pasada las efusiones, en el auto el viajero empieza a recobrar color y a organizar algunos períodos completos de palabras, que lo van integrando poco a poco a la comunidad humana. Su mayor felicidad. Para conseguirla sólo ha tenido que atravesar dos continentes, lo que hoy, según los teóricos, no es mayor problema.

